



HARAVI

Año XXXIV

Lima, mayo-junio de 1997

Nº 107-108

Director: Francisco Carrillo

Bolivia 174

Chosica - Perú

Testamento

JULIO CARMONA

Por los ojos perdidos y su andamio de acosantes brisas,
tal parece que habito en hoyos, escaleras, cascadas;
por la añeja costumbre de hacer caso omiso a los semáforos,
me hago acreedor a los más floridos discursos al paso,
y por la grasa y la harina y el colesterol y el azúcar
y las dietas odiadas y la bilisrubina, me he vuelto asiduo
hospitalero.

Aunque no lo creas, voy para candidato
a la última despedida; y, como es de rigor en estos casos,
he decidido testar:

Mi corazón, roto o retaceado, mas siempre
rojo como una granadilla bélica; mis pulmones, libres años ha
de humos aspirados a voluntad -aunque sí de los otros saturado-;
mi estómago, puntual como un reloj, y limpio como una bellota
por la antigua costumbre de mamá (de la que suprimí el
irrigador);

mis intestinos, invernando como una boa constrictora, pero hechos
a la medida de las circunstancias, confiados en el bazo fiel y
en el también fiel

páncreas, cogitabundo como un filósofo pancreático, y mis demás
satélites,

incluida la vejiga, y por supuesto mis riñones, no famosos por aquello de ¡qué tales riñones! sino por su esponjosa rectitud y, a propósito, el recto, invicto y, además, convicto insurrecto ante cualquier mínimo alce, si no que lo diga mi próstata, intacta e intocada ni por un galeno; y mi hígado -el pobre-amargo y tierno, feroz y bueno y, por dialéctico, nunca enfermo; y, desde luego, mis acompañantes, todos, incluido el ambigüento a quien tanto me costó acostumbrar a ser ratón de un solo hueco, y mis pies que han sabido patear de todo, latas, pelotas, traseros (nunca de mujer), papeles muertos, nombres vivos en la basura; y mis piernas, arrodilladas sólo para hacer el amor, y siempre atentas para salir elásticas a dar un par de vueltas por donde se tratara, aunque nunca lo hicieran más allá del suelo patrio; mis pectorales y bíceps y tríceps y cuadríceps y striptises que *vivirán en el recuerdo*, como Alejandro Villanueva *que dio glorias al Perú*; y mis manos que conocen la piel del mundo porque conocen tu piel y que así como escriben estos versos también dibujan con cemento *tu nombre y el mío al mismo nivel*, y mis labios negros que aprendieron a besar porque se lo enseñaron maestras bocas, camará, pero ninguna como la tuya; todo, y otra vez estos ojos perdidos, que sólo contigo encuentran su camino, todo te lo dejo a ti, porque es la única forma como creo poder pagar la deuda contraída en el lecho del amor ahora y en la hora cuando esté en el lecho *de la mort*.



Ex preso

Despierto entre dos sombras infinitas, dos paredes que aguardan una orden para hacerse uña y carne; amigo de mí mismo, miro hacia los costados, y una música de sordos se ensaña destruyendo mi buen gusto; con pasos laterales -los únicos que me permite la rutina- me interno por marañas de papel y, ya a punto de alcanzar por lo menos un pedazo de pitanza, descubro mordizcones en el talón del cheque antes de llegar a la ventana y, ahí, por falta de sencillez sufro otra agresión que asimilo con ese estoicismo que la costumbre, conocida maestra de cretinos, ha sabido inculcarle a mis ladridos; con acechante cuidado avanzo, rodeado de mi propia desconfianza, contagiando a medio universo, y busco una salida, pero quedo encerrado en una botella de burbujas deslumbrantes en las que luces de colores pretenden convertir mi soledad en una brutísima ilusión de pacotilla; me desnucó en un vómito de olvido, y casi al borde de la esquina que da al río me descalza un sujeto de ojos oscuros y bigotes de sargento; trastabillo sólo un minuto y me dejo caer en el camastro de esta noche negra como todas las noches en que no hay luna, y otra vez agarro viaje por la vía del sueño con el que finalizo de contar el penúltimo ladrillo de la pared delantera, mientras a derecha e izquierda continúa la misma vaina del meneíto reilón que pone fondo a esta tristeza.

Carnet

Nací aquí y aquí me quedo, aunque me quiten la vida. Nada es más grave que salir corriendo sólo porque hay intentos de borrarte del mapa; por qué habría de borrarme yo mismo de este cielo, si tengo la limpieza de mi sueño -pesado y bueno como un boxeador de peso completo-; no hay ninguna razón de fuerza que asfixie la angurria de mis pasos por transitar de pies a cabeza por mis rincones más secretos, y lo que es en verdad importante: ser yo mismo un hermético secreto, lo que no impide que todos sepan de mis aficiones o cariños populares: que, por ejemplo, admiro y festejo las pinturas de Oscar o de Bruno, las novelas de Miguel, la poesía de Julio Nelson, la música de Pablo Casas, las fotos del Chino Domínguez, los goles del Alianza... y paro de contar porque es vasto mi pueblo;

lo conozco, a pie o camión u ómnibus y -una vez- avión (la segunda me llevaron vendado), nunca en helicóptero, pocas veces en tren (recuerdo de la niñez),

y al recorrerlo, casi siempre taciturno, he sentido ganas de arrojar piedras al lago de la tristeza para ver cómo se abrirían las ondas de la risa que sólo el eco de una montaña una vez me devolvió; además sus ríos,

especialmente el Rímac -que es un riíto al lado del Ucayali, por decir-:

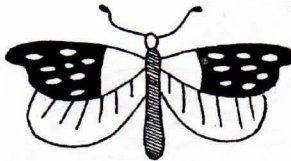
nos dicen tantas cosas, calladamente, nos hablan como recuerdos del futuro,

porque el pasado, por supuesto, lo sabemos de pe a pa (misma pepa de la vida).

Y con tantas flores de oro, pregunto: ¿por qué miéchica nos intoxica con sus refritos yanquis la TV?

Habitación

Vivir, lo que se dice vivir, vivo sin prisa, convencido de que el aire de ayer será el mismo de mañana -con la excepción de Heráclito-, como el de hoy, llegado a mí sin yo buscarlo; mas no lo estimo ínfimo, lo reconozco en cada bocanada y lo recibo como un millón de soles, saboreados cada uno con la alegría de cada poro. Simplemente vivo, sacándome los clavos de la duda y transplantádoslos en la certeza de saber que camino como un hijo de mujer, nacido para amar (y matar -cuando se ofrece- a una alimaña). Apuro a la esperanza que, con el cuento de que nunca muere, nos embroma el resultado de hacer causa común en todo aunque no todos (pues no soy un iluso) pero sí muchos de los que somos más. La vida es linda. Y cuatro locos no la pueden chifar a costa de otros. Yo me pongo el corazón a prueba de odios y me opongo a vivir bajo esa rabia. Y aquí donde palpita su disparadero construyo con sólo cuatro sílabas un paisaje sin dos.



Diálogo eterno

Llegó, y no lo esperaba, a decirme: He descubierto que tantos años de darle al mismo baile cansa, así que he decidido cambiar de giro: el optimismo de un futuro mejor es un pajeo; una macana aquello de que el genio es el pueblo y que todos unidos no seremos vencidos; es la fácil coartada para hacer nada serio o, mejor, nada bueno o, si quieres, pasársela de cantor en un estadio vacío. Lo miré con un asombro triste pero a la vez amargo, no colérico, sí disgustado porque mi gusto era alegrarme con su antiguo giro. Y le dije: pero ¿el pesimismo no puede también convertirse en otro masturbio? Y dime ¿de qué otra fuente se puede beber la pureza del fuego que no sea de esas manos que siguen construyendo el universo? Y acaso -continué- ¿divididos seremos vencedores? El sonrió y, en verdad, su sonrisa me pareció colgada de una pared como un diploma doctoral. Y eso no me enojó porque cada quien es libre de reírse como mejor considere haberlo aprendido. Pero sí atajé su réplica. Espera un momentito -diciéndole-,

le dije: ¿quién dice que para hacer algo serio hay que ponerse serio y que para algo bueno también hay que serlo o parecerlo? Y no me digas que no es menos ocioso cantar en una habitación cerrada. Pero -intentó interrumpirme, y yo, como estaba con viada, hice un gesto de déjame parir- (puntos suspensivos); me parece muy bien -le dije- que reescribas o que cambie de giro tu escritura, pero para hacerlo no tienes porqué darle de dentelladas a los de la otra orilla. Si tú haces la gran poesía de la soledad, el ejemplar poema de la ruptura, la quintaesencia del pesimismo, en buena hora, seguramente habrá quien te lo agradezca. Sólo deja que las aguas busquen por sí mismas su cauce y luego sin tú ni yo saberlo estaremos cada quien en su margen. (Otra vez puntos suspensivos y quizás hasta un poco de saliva, y punto seguido una andanada de argumentos nuevos, para la ocasión, aunque siempre viejos. - Finalmente, y con la misma sonrisa de Cristo perdonando al herético, se irguió hasta cocotero, y se fue pergeñando, seguramente, su poema perfecto.)



Con viento

No acostumbro a preguntar a nadie por sus raíces, pero me enternezco, a lo franco, cuando alguien me habla de sus viejos; y cuando son ellos mismos incluso les concedo oreja para sus dolencias. No me llaman la atención los chismes, mas cuando no puedo sortear su asedio, simplemente no les doy crédito y los tiro

por la borda, vale decir me gusta caminar sin lastres y navegar o vagar como Adán, de preferencia cuando el aire es íntimo, y cuando no, igual, camino sin letreros, para evitar los mismos, y como nadie está a salvo, me hago el desentendido como ver llover.

Entre ser y no ser prefiero saber que estoy construyendo un buen amigo.

¿De qué sirve lo demás, de qué sirve el oropel, el angustioso haber a costo de pasos esperpentos? Tener, si de tener se trata, sencillo es juntar en la cartera fotos, carnets, tarjetas o libretas de apuntes, notas no comprometedoras (un solo nombre, un teléfono sin tiento te pueden costar un siglo de preguntas enredadas)

aunque sí comprometidas con tu compañera: siempre hay que tenerla

con viento compartido, y que ella sea la única que inscriba tu nombre en la puerta -aunque efímera- de la alegría.



Dejad que los niños

Llegas desde la infancia con tu morral de angustias y cautivas alegrías, con el hato de infamias que te sirve de tabla rasa para no volver a incurrir en ingenuidades; llegas como recién salido del horno a regalarte, mismo panetón en oferta -todo porque es navidad-, pero sin ignorar que al recién nacido también le dan de bofetadas y, bien gracias, sigue el negocio como si nada; y tú sigues llegando

hasta donde puedes acercarte a los demás que por supuesto te esperan porque quién no sabe que ven a mi casa esta navidad es un ofrecimiento paja pero de preferencia hay que saber que es una fiesta familiar. Y ya llegaste y te sientas y te sientes

satisfecho porque llegar a cincuenta no es cualquier bagatela y entonces esperas la ovación, el despiporre, el acabóse, el apretón

de manos, mínimo; y, dando rienda a tu solaz, prodigas tu angurria, despilfarras

tu ambigüencia, ambicionas el descoronte del aplauso, pero, con tu infancia auestas, te das cuenta, pobre ingenuo, que la literatura infantil es eso: un cuento.

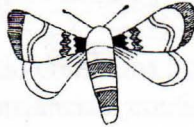


Para verte mejor

Y, entonces, ¿para qué se han hecho las luciérnagas si no para encontrarte en la noche más violenta cuando ya todos han tirado la toalla o se han hecho humo?; para eso estas luces que te orillan como a un lago abandonado a la bronca caricia del huracán, hago visera y diviso tus olas dispuestas para el nacimiento de la Venus de Boticelli, no menos que esa maravilla tú te encrespas (hasta parecerte a mis antepasados más remotos) y te enlacias y me arrastras o me arrasas o me enrazas porque no puedo verte sufrir más a las puertas del tiempo nuevo que en cada mañana nos recuerda que es así como llega el futuro y no para las calendas griegas, y así advertido, vuelvo a divisarte en las cloacas preciosas, en los pulmones engraidos por la tos, en las manos abarrotadas en las pestañas de la libertad; te veo ejercitar los labios cuarteados por la sed de un sueño -mínimo- ese que te conduce por un cauce sin fango y en barquitos de origami pues son los únicos que saben cargar la ilusión que mis luciérnagas columbran en tus manos sembradas de callos por el sol.

Para Elisa

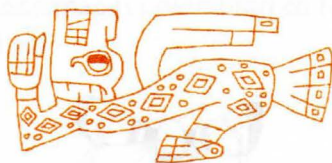
Yo ya me había hecho a la idea de sólo
escuchar tu nombre en los recónditos
recovecos de mi recuerdo, fiel o -si prefieres-
filial, o si no también oírlo en la dulce
sonata de Beethoven, y hasta esperaba o dejaba
-no soy sectario- que la casualidad lo llevara
(tres sílabas de vida en consonancia debida)
... ese nombre de espiga que arrulló mi niñez
y convirtió mi infancia en una cueva viva
de Aladino y me siguió torturando con su ternura
en las más embarulladas contumacias de mi
voracidad juvenil -que hasta ahora me azuza-
por saber todo lo que se parece al placer
de vivir, sin estarle buscando utilidades
rediticias, o de leer: un libro, una mano, una espalda
de mujer, una mirada... pero tu nombre nunca
imaginé leerlo en cartelera como una prueba preventiva.



Náufrago y navegante

No sé ya por dónde amanece mi corazón; errando por los andes de una selva sedienta, no atino a alumbrar o vislumbrar su propia luz, crecida para adentro como un túnel de vientos aspirados; doy vueltas en su centro como un trompo ebrio, al ritmo de su son de sonora matancera. Deambula el pobre con pasos de aserrín, de tanto amanecer al borde siempre de una noche sin muelas y ojos tapiados por el llanto de agujas que la bomba de un hijo sin madre pretendió sembrar en el pavimento de esta cárcel en la que no sé por dónde amaneces, loco, cantando valeses, loco de amor, y dando hurras a un mañana mejor, a la antigua, sin el más mínimo sentido del escarmiento, desgañitándote por las avenidas de este encierro, con el puño en alto como si el tiempo no se hubiera encargado de derrumbar los burros burocráticos, mismo estudiante de los sesenta, creyente terco del color que palpita en tus adentros y que yo, con intuitiva vejez, aplaudo, ya sin poderlo ver...

EDITOR VICTOR MAZZI HUAYCUCUCHO



J.C. Ha publicado: **A mar revuelta. A nivel de la arcilla, Tun, tun ¿quién es? Nada más que derramar el corazón.** Ejerce la docencia en la Universidad Nacional de Piura.